

No es ya el meliflúo ruiseñor canoro,
 Con el gonzontle en coro,
 Quien celebra la luz de la alborada,
 Sino el graznido fiero
 De buho carnívero
 Que se cierne en la torre abandonada....

¡Qué espectáculo aquel tan horroroso
 Cuando logró alevoso
 Tus guardias sorprender, pérfido el mayo,
 Y en su coraje ciego
 Te confundió en el fuego,
 Rápido y destructor como el del rayo!

¡Qué inusitada confusión y espanto
 Cuando copioso el llanto
 Y la sangre á torrentes se vertía,
 Y el niño y el anciano
 Clamaban allí en vano....
 —Oh! ¡Qué cuadro infernal el de aquel día!

¡Y cómo es triste contemplar tu estado,
 Jardín embalsamado
 Há cuatro lustros, de la Sierra hermosa!
 ¿Dó está la grata escena
 Que en noches de verbena
 Presentabas alegre y bulliciosa?

Silencio y soledad! vasta ruina
 Dó apenas se adivina
 Lo que fué tu grandeza en días mejores;

Hoy triste y solitaria,
 Cual tumba funeraria,
 Eres teatro fatal de cien horrores!

No mas, no mas! Mi corazón herido
 Yace desfallecido
 Al recuerdo ominoso de tu historia:
 En vano ansiosa el alma
 Busca quietud y calma,
 Replegando al pasado la memoria.

Empero acaso providente el cielo
 Deponga el negro duelo
 A que le plugo condenarte airado,
 Y acaso no remoto
 Esté ya el día ignoto
 Por término á tus males señalado.

¡Dios de inmensa bondad, eterno y santo,
 Enjuga el triste llanto
 De todo un pueblo que tu amor implora!
 No siga tanto estrago,
 Y cese el fiero amago
 De la hueste enemiga asoladora.

Rásguese el paño funeral de duelo,
 Torne al nativo suelo
 La amedrentada población que huyera,
 Y exenta de pesares
 Acuda á tus altares
 Sus preces á elevar hasta tu esfera!

JOAQUIN CASTILLO PERAZA.

DON MANUEL R. CASTELLANOS.

RASGO BIOGRAFICO.

Cuando mira disiparse el labrador
 las nubes que anuncian la lluvia de
 que tanto necesitan sus sementeras,
 no puede menos que lamentarlo, por-
 que vé defraudadas sus mas risueñas
 esperanzas: así Yucatan, al ver des-

aparecer de la escena de la vida á
 uno de aquellos hijos que formaba
 una de las mas hermosas nubes de
 su horizonte, no puede menos que
 lanzar un ay! dolorido.

Cada flor que se marchita en su